

NOVIEMBRE DE 1918

EL PUEBLO TRAICIONADO

NOVIEMBRE DE 1918
Una revolución alemana
Obra en tres partes

Primera parte
BURGUESES Y SOLDADOS

Segunda parte
VOL. I - EL PUEBLO TRAICIONADO
VOL. II - EL REGRESO DE LAS TROPAS DEL FRENTE

Tercera parte
KARL Y ROSA

ALFRED DÖBLIN

Noviembre de 1918

EL PUEBLO
TRAICIONADO

Traducción de Carlos Fortea



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *November 1918 II. Verratenes Volk (vol 2-1)*

Diseño de la colección: Jordi Salvany

Diseño de la sobrecubierta: Edhasa

Fotografía de la cubierta: HISTORICAIR



La traducción de esta obra ha recibido la ayuda del Goethe-Institut fundado por el Ministerio Alemán de Asuntos Exteriores.



«Esta obra ha sido publicada con una subvención del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual»

Primera edición en pocket edhasa: febrero de 2017

Originally published as: "November 1918 - Eine deutsche Revolution - Verratenes Volk (vol. 2-1)". First published 1939 by Bermann - Fischer Verlag, Stockholm/Querido - Verlag, Amsterdam

© S. Fischer Verlag GmbH, Frankfurt am Main 2008

© de la traducción: Carlos Fortea, 2012

© de la presente edición: Edhasa, 2012

Avda. Diagonal, 519-521

08029 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-2161-6

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. 26002-2016

Impreso en España

Libro primero

El 22 y el 23 de noviembre

*Es difícil construir una república con los materiales
de una monarquía derribada. No puede hacerse
hasta que cada piedra haya sido nuevamente tallada,
y eso lleva tiempo.*

(Georg Christoph Lichtenberg)

Asalto al cuartel de la policía

Un joven regresa de la guerra. No encuentra ningún placer a la vida en Berlín, y observa que a otros les sucede lo mismo. Algunas gentes soliviantadas asaltan el cuartel de la policía y consiguen dormir mejor después. Es el 22 de noviembre de 1918.

Berlín era una proliferación de casas que se extendía plana y sombría por la arenosa región. Un mísero río, el Spree, la surcaba. El río tomaba colores negros y tornasolados de los desagües que llegaban a él, las casas le volvían la espalda, y cobertizos y almacenes de carbón cubrían sus orillas. En el barrio de la Hansa, en Tiergarten, el mundo se abría un poco en torno al agua turbia, proletaria; veía árboles y botes, y era feliz de poder abandonar las masas de piedra del puerto fluvial, de las que goteaba la inmundicia. Pero todavía durante muchos kilómetros, en la llanura, un sinfín de fábricas se asentaban en sus orillas, plantas industriales grandes como una ciudad, y en ellas, otra vez, hombres que trabajaban.

La ciudad de Berlín se multiplicaba sobre una arena que, en la prehistoria, había sido el fondo del mar. Donde antes nadaban los peces, ahora vivían personas, y en tan gran número y sobre tan escasa tierra que a la mayoría de ellos les faltaba, de modo que tenían que trabajar como esclavos para seguir con vida. Al norte, al sur y al oeste de la ciudad, en

todo su amplio entorno, estaban las fábricas que habían sido erigidas para lejanas ciudades y países. Muchas de ellas habían surgido durante la guerra, la guerra ahora perdida de 1914 a 1918, y muchas se habían reconvertido por necesidades bélicas. Pero ya no había guerra. ¿Qué iba a ser de las fábricas? Sus propietarios y el Estado no tenían dinero para volver a hacer de ellas fábricas de paz. También faltaban las materias primas. Había compradores hambrientos, pero ninguno que pudiera pagar, y las fronteras estaban cerradas.

Entonces empezaron las huelgas. El odio de los trabajadores contra los dueños de las fábricas crecía día tras día. Existía incluso el peligro de que algunos de los edificios fueran ocupados por los obreros.

Al este y al norte de la ciudad, se apiñaban las personas que venían de la guerra; venían cada vez más, la desmovilización aún estaba en marcha. Había una espantosa escasez de vivienda. El que quería una vivienda tenía que pagar cien marcos: a eso se le llamaba fondo de traspaso.

En el oeste, donde se asentaban el lujo y la riqueza, los espléndidos y distinguidos comercios estaban sin duda abiertos, pero los vestidos, zapatos y sombreros que se vendían en esas tiendas eran muy caros, y su brillo sólo era aparente: los vestidos estaban hechos con tejidos de guerra que se deshacían con rapidez, como el papel de los libros y periódicos, que amarilleaba al poco tiempo.

El resplandor vespertino de calles y plazas había disminuido; se ahorraba carbón, y sólo una de cada tres farolas estaba encendida. Por una gran parte de la ciudad, se extendía una penumbra temerosa e insegura, como si aún se esperasen ataques aéreos.

En aquellos días de noviembre en que las tinieblas de la derrota y la quiebra se aposentaron sobre la ciudad bu-

llente, muchos percibieron la fatalidad, el peligro que se aproximaba. Y, al igual que en la guerra y en las epidemias, se extendían por los pueblos los carteles pegados a muros y graneros: «¡Atención, cólera!», «¡Atención, tifus exantemático!»; así, cada vez más se veían en casas y villas los carteles: «Casa de seis habitaciones, casa de ocho habitaciones, casa de diez habitaciones, con jardín, balcón, con mobiliario, sin mobiliario, se alquila entera o en parte, se vende». En algunas de estas villas y viviendas, entraban ya los dioses grasientos que la guerra había traído, que se alimentaban de la nueva miseria de las gentes, los dioses con cabeza de buitres... los especuladores y su cortejo.



Ese viernes, 22 de noviembre, el otrora teniente Maus vaga disgustado por las calles de Berlín. Su padre es consejero de embajada, uno de la vieja escuela, que todos los días le interroga por sus heroicas acciones para jactarse de ellas en la oficina; su madre no lo hace mejor. Ha pasado seis meses en un hospital militar de Alsacia, tiene el hombro izquierdo rígido y todavía sin curar del todo, ha llegado a casa desde Naumburg, y ahora está allí sin saber qué hacer en la ciudad, igual que las decenas de miles que aún están llegando. Como un acuoso fango, todos, esas masas desocupadas, son absorbidas por sus casas al caer la tarde y se mantienen invisibles durante la noche, pero por la mañana es como si una gigantesca manguera los lanzara a la calle y los dejara correr por ella durante horas.

Maus, con su joven rostro de rojas mejillas, es un hombre insignificante, amable, que todavía no ha llegado a nada. Tiene unos miembros fuertes que quieren moverse, sus

ojos azul grisáceo miran sinceros, sus esperanzas ya no están puestas en hacer carrera. Tan sólo querría saber si tiene alguna utilidad en el mundo.

En el antiguo «Lunacafé» de la Kurfürstendamm, han instalado un puesto para el «licenciamiento provisional de miembros del ejército». Maus va a parar a él a mediodía. Entre la multitud, alguien le da una palmadita en la espalda y apoya la cabeza en su hombro desde atrás. Es Karl Ding, llamado Ding *la Cosa*, un antiguo compañero de clase y de estudios que prestó servicios auxiliares durante la guerra, y que tampoco sirve para mucho más. Anda dando vueltas como Maus. Se estrechan las manos. Maus piensa: «Así que aún existe». La Cosa sonrío de arriba abajo, simpático, un manso canguro, pero Maus no está para risas; el resto de la gente también tiene una mirada turbia, aquello parece una funeraria durante el entierro de un hombre que ha dejado muchas deudas. La Cosa pisa un pie a Maus y susurra:

—Si crees que aquí vas a encontrar algo, estás perdiendo el tiempo.

Él mismo tan sólo ha venido porque en su casa no hay calefacción, sin duda aquí tampoco, pero uno se mueve, y hay mucha gente. Los dos se abren paso hasta el exterior.

La Cosa pasa un brazo bajo el derecho de Maus. Le olfatea y pregunta de pronto:

—¿A qué te dedicas, Maus? ¿Dónde paras?

Maus ruega que le ahorre esas preguntas. La Cosa está algo desconcertado, pero no parece haberse ofendido. «Que este tipo tenga que colgarse de mí...», piensa Maus. Parloteando, la alta y cordial figura, que lo último que ha sido es zapador, trota a su lado hasta la Umlandstrasse. Allí, en la parada del tranvía, se planta frente a ellos una mujer joven y seria. No está mal, piensa Maus, aunque lleva unas

gafas de acero. Se acerca a la sorprendida Cosa. Se besan y se abrazan. Maus supone que es su hermana, y que no se han visto desde que lo movilizaron. Pero, feliz, como si se tratara de un regalo, el larguirucho le presenta a la señorita como Grete Gries, su prometida, de la que se separó ayer por la noche... son tan felices que no cabe en su cabeza que tan dolorosa separación haya concluido.

Maus se cala el sombrero y quiere irse. Pero no ha contado con la Gran Cosa, que desborda demasiada felicidad como para poder disfrutarla solo. El larguirucho cuchichea con su señorita, y la señorita se cuelga, cuidadosa, del brazo izquierdo herido de Maus; la Cosa se pone a la derecha, y el triste soldado se ve bajo escolta de una joven pareja de novios. Tiene que caminar con ellos, cuando pensaba seguir hoy su camino, como siempre triste.

Le dirigen hasta su propia vivienda, de la que, según confiesan radiantes, prevén que tenga calefacción. Maus no se escandaliza. No tiene nada en contra de sentarse en casa con la Gran Cosa y su llamita para matar el tiempo.

En su casa sí hay calefacción. Su madre dormía, así que se libraron de su admiración y de su compasión. Los dos invitados empezaron a quitarse prendas y a curiosear por la casa, mientras se cubrían de muestras de su insaciable ternura. Finalmente, se acomodaron en los dos sillones de la habitación de Maus y se quedaron allí, cogidos de la mano, como ocurre desde los tiempos primitivos. Maus dejó que ocurriera con un ánimo que se iba endureciendo. Tuvo que conformarse con una simple silla de rejilla.

Pronto empezó una conversación. A la señorita le gustaba preguntarle por su hombro y por su pensión.

—¿Cuánto dinero le reporta a usted que le haya quedado el hombro tieso?

Él respondió, sin extenderse mucho en explicaciones: el procedimiento aún estaba pendiente, la pensión variaba según el grado de rigidez. ¿Que si había ejercido un trabajo físico antes de la guerra? Había tenido la intención de convertirse en oficial, pero naturalmente eso se había acabado, por el brazo y por todo lo demás.

—Así que ahora hace usted como los otros —concluyó la señorita, que dirigía el interrogatorio—. Anda por ahí de mal humor, extiende el mal humor y espera.

Maus se encogió de hombros.

—Creo —anunció la Gran Cosa— que aún podrás estar mucho tiempo así.

—Yo también lo creo —le secundó, seria y sin compasión, la señorita Gries—. Cada vez viene más gente, a principios de diciembre se espera a todo lo que queda del ejército del frente.

—Entonces cambiarán algunas cosas —dijo esperando Maus.

La señorita estaba de acuerdo:

—Entonces, el ejército entero vagará por la Kurfürstendamm, por Tempelhof, por la calle General Pape, y en todas partes les darán cupones, y se pondrá en ellos un hermoso sello.

—Habrá un buen tumulto —atronó la Gran Cosa.

—¿Cómo iba a ser de otra manera? Los ricos cogerán impulso, se meterán en sus coches con su señora esposa y sus retoños, y se irán a la resguardada Suiza con sus maletines de dinero, y nosotros nos quedaremos solos y nos preguntaremos quién va a pagar las indemnizaciones de guerra.

La señorita dijo:

—Serán altas.

La Gran Cosa resumió con suavidad:

—La situación es sencillamente desesperada. No hay salida. Allá donde se mire, los caminos están cortados.

Maus miró irritado a la pareja. Estaban sentados en su cuarto, en sus sillones. ¿A qué habían venido? ¿A acosarle? Para eso, hubiera preferido quedarse solo.

La señorita volvió a abrir la boca, había cambiado una mirada con la Cosa y, de pronto, adoptó otro tono:

—Hay una solución, señor Maus.

Y, curiosamente, su enfado desapareció del mismo modo en que había empezado, y ella y la Gran Cosa dejaron de ser unos prometidos que le molestaban. Vio de pronto la turbia gravedad que también pesaba sobre ellos, la misma gravedad que todos sus compañeros de fatigas que no sabían adónde ir mostraban por la calle. Y oyó la voz de alguien a quien le iba como a él, como era el caso de la señorita Gries, decir:

—No podemos esperar que el pan y el trabajo nos caigan del cielo. Nadie se hará cargo de nosotros. Todos rehúyen esa responsabilidad. El que tiene un puesto está contento de tenerlo. Llame usted a una oficina: nadie sabe nada, nadie tiene dinero. Le dicen, vaya usted ahí, vaya usted allá, para quitárselo de encima. Tenemos que hacernos cargo de nuestros asuntos.

Maus escuchó, y fue como si lo oyera por primera vez:

—Es fácil decir eso, pero ¿cómo?

—¿Cómo? —repitió la señorita, seria y decidida; apoyó los codos sobre las rodillas y el mentón en las manos—. Le costará trabajo imaginárselo.

«Es una persona limpia y seria», pensó Maus, mientras miraba su liso cabello rubio peinado a raya. Lleva un vestido de lana barata, quizá ni siquiera era de lana.

—¿Cómo piensa usted llegar siquiera a que se le ocurra algo, señor Maus? Los hombres, en general. En la paz no lo necesitaba usted, y en la guerra tenía que obedecer. Pero yo le dije a Karl: «Ahora estás en casa, y no te queda más remedio que echar mano de tus propios cinco sentidos. No me cuentes vuestras heroicas acciones. Fijaos en lo que habéis conseguido con ellas...». Disculpe, señor Maus, que le hable con tanta sinceridad.

—¿Lo dice por mi hombro? Bah.

Pero el hombro le dolía mucho, tanto andar por ahí no le sentaba bien.

—Hace tres meses, Karl me contó cómo iba a ser Alemania después de vuestra victoria, y era seguro que ibais a ganar. Yo le creí. ¿Por qué negarlo? Pero advertí antes la mentira, señor Maus. La mentira, ¿sabe cuál?

Maus se sintió como un niño pequeño:

—¿Qué quiere decir con eso?

Señorita Gries:

—¿Ha oído usted a Liebknecht?

Maus:

—Gracias a Dios, no. Escupo sobre la revolución.

Tenía ante sus ojos la mísera agrupación de soldados que quiso acercarse a su tren hospital durante el viaje de vuelta desde Alsacia, hombres honestos formados en buen orden, con una bandera roja. Su amigo Becker estaba junto a él apoyado en sus muletas, ambos se sorprendieron de que aquello pretendiera ser una revolución.

Y mientras la voz de la joven seguía hablando, Maus oyó hablar a su amigo Becker, en el tren, la noche de la partida:

—La noche. Viene la noche, y ahora hay paz, la dulce paz. Nunca dejaremos que nos la arrebaten.

Cómo habían soñado y esperado aquellos días. Ah, cómo había soñado Maus con Hilde, su enfermera en el hospital, que no le escribía, cuyo amor Maus no podía arrancarse del corazón. Ella no escribía. De modo que podía dar por hecho que no le había perdonado que el último día, al despedirse, en la emoción de la despedida, la hubiera tomado tan salvajemente, en verdad como un animal. Ella no escribía, su amada... Eso era lo peor. Era para desesperarse. Yacía en medio de un pozo negro.

La señorita abrió su bolso de mano y sacó un librito. Hablaba suavemente, Maus prestó atención, porque su voz temblaba:

—Tiene que escucharme, señor Maus. Tiene que saber qué nos pasó. Cómo nos arrastraron a la guerra. Nos ahogaron en mentiras. Si se hacía usted sospechoso por algo, si planteaba una pregunta inmeditada, era vigilado como si fuera un extranjero enemigo para Alemania. ¿Para quién se hacía eso? ¿Para usted, para vosotros, los soldados que estabais fuera? No, para el emperador y sus generales. Ellos querían librar su victoriosa guerra. Nosotros, los civiles, teníamos que entregarles a nuestros hermanos, esposos e hijos, y además teníamos que guardar silencio. Ni siquiera nos permitían saber qué ocurría fuera. Siempre hacían como si se tratara de algo sagrado, de una elevada ciencia de la que nada entenderíamos. Lo único que no querían era que observáramos su juego. Y lo perdieron todo en ese juego. Y a nosotros y nuestro futuro con él. Y por eso vamos de un lado a otro.

«Esto es asombroso —pensó Maus—. Esto no puede ser verdad. Acabamos de librar una guerra, y la hemos perdido.»

La señorita alzó el librito:

—Mire este cuaderno. Soy maestra en un colegio. Nos

lo dieron para que les leyéramos a los niños. Los pequeños estaban allí sentados, con sus tenues vestiditos, con el estómago vacío, con los ojos hundidos y las caritas pálidas, víctimas del bloqueo. El emperador quería hacer la guerra a Inglaterra, y los pequeños pasaban hambre. Los generales vociferaban y se quejaban del bloqueo. Pero sobre los tiernos hombros de los niños se sentaban los gordos generales, el gran Estado Mayor con sus condecoraciones, y los iban hundiendo. Y para que los pequeños llevaran a hombros a los generales y lo hicieran gustosos, teníamos que contarles historias como ésta. Mire la cubierta. Aquí pone: «¡Alemanes! Promoved los productos alemanes. Coñac alemán, licor alemán Hindenburg. La especial autorización para usar el apellido Hindenburg ha sido otorgada por Su Excelencia, el mariscal de campo Von Hindenburg». Y luego las historias: Hindenburg en la vida de los niños. Ante la Columna de la Victoria hay un gran Hindenburg de madera. Un angelito baja del cielo y clava un clavo. Y viene este texto: «De la abombada bóveda del cielo, un ángel ha sacado en la noche azul el clavo de una estrella, y lo ha traído a la tierra». Eso teníamos que leerles.

—¡Basta! —gritó la Gran Cosa—. Es insoportable, Grete.

Pero ella siguió hablando en voz baja, sosteniendo el cuaderno en alto:

—En estas canalladas participaron intelectuales alemanes. Sigo amando las obras de la literatura alemana, señor Maus. Pero he perdido toda confianza en nuestros intelectuales.

Algo en Maus se contrajo. «Qué es todo esto. A mí esto me da igual. Que me diga de una vez dónde quiere ir a parar.» La cháchara de la mujer avivaba en él una ira sombría que engullía el recuerdo de Becker y los sollozos en el tren en marcha. Paz. Dulce paz. Alzó la vista hacia la Gran Cosa:

—¿Y tú qué haces, Karl?

Éste frunció el ceño y levantó ambos puños:

—Yo estoy con la revolución.

La señorita:

—¿Conoce usted otra forma de salvarnos? ¿Quién va a imponer el castigo aquí, a limpiar la basura, a ilustrar al pueblo, a poner orden? El actual Gobierno no puede. Y tampoco quiere.

La Gran Cosa se había puesto en pie y agitaba los brazos. Citó:

—«Los Hohenzollern esperaban cruzar victoriosos la Puerta de Brandeburgo al final de la guerra, y en su lugar la ha cruzado el proletariado. Todos los tronos de Alemania han sido derribados. Los príncipes, los generales, los terratenientes, los genocidas han ido a esconderse a sus madrigueras.»

La señorita:

—Eso lo ha dicho Liebknecht.

Otra vez resonaron las palabras de Becker en los oídos de Maus: «La noche. Ahora viene la paz. Soy feliz de que hayamos podido vivir esto».

La ira sombría en Maus. Susurró:

—En el frente hicimos lo que pudimos. No tenemos la culpa de que otros, detrás, hicieran esto.

Y sintió su hombro herido, pensó en el moribundo piloto Richard en el hospital, junto a su habitación, y en la lejana Hilde. De pronto, tenía lágrimas en los ojos, por todo el dolor, porque todo el mundo los hubiera dejado en la estacada.

La joven maestra vio su rostro palidecer, sus labios temblar. Se acercó a él y le cogió la mano. Sí, le acarició la mano, cuando dejó caer la cabeza sobre el pecho.

Un canario cantaba en la habitación de al lado. Eso aumentó el dolor del pobre Maus. Retiró la mano.

En Maus tuvo lugar una repentina transformación. Una resolución le recorrió como un rayo: voy a poner fin a toda esta miseria.

Y fue, sin prestar atención a sus dos invitados, hacia la cómoda, detrás del sillón, con un movimiento rápido, como antaño, cuando sacaba de la cómoda el cinturón con la pistola. Cuando el espejo le devolvió su imagen, su rostro encarnizado, dijo con voz ronca, apartando de golpe los cabellos de la frente:

–Bien. ¿Qué hay que hacer? Estoy a su disposición. Por mí no ha de quedar.

Mientras ellos salían, volvió a ir a la cómoda. Se agachó, abrió el último cajón y metió el revólver en la pistola. En la calle, junto a ellos, con el revólver en su funda, en su mano, se sintió bien. Por primera vez desde que había vuelto a Berlín, se sentía bien. En realidad acababa de llegar, de volver del campo. Ahora lo reconocía todo, las calles, las casas, las tiendas. Era Berlín, hundido terriblemente en la miseria.

Asalto al cuartel de la policía

La Gran Cosa y la señorita Gries llevaron al que fuera el teniente Maus a una extraña asamblea en Gesundbrunnen. Salieron al atardecer, en medio de la lluvia y la tormenta.

La sala estaba llena hasta los topes. En la tribuna, junto al presidente y el orador, había varios hombres, que se cubrían constantemente el rostro con la mano. Decían que estaban siendo perseguidos. Después de mucho ir y venir

acerca de las «intrigas» de los señores Ebert y Scheidemann, que «se hacen llamar socialdemócratas», el orador, que había declarado no pertenecer a ningún partido, se interrumpió de pronto. El presidente le había susurrado algo al oído. Los hombres misteriosos que se cubrían el rostro desaparecieron al fondo de la sala. El presidente declaró que era necesario hacer un receso, y desapareció también. Al cabo de un buen rato, el presidente regresó, acompañado de un simple soldado, y se sentó a la gran mesa en la que aún estaba el solitario orador cuyo discurso se había visto interrumpido.

Entretanto, en la sala se había producido un cambio importante, al haberse filtrado parte de las conversaciones en voz baja en el escenario. La gente se había levantado en su mayor parte. Empujaban los bancos para hacer sitio. La gente se apiñó delante del escenario. Se oyó gritar «traición».

En lo alto, el presidente agitó la campanilla, se le oyó gritar silencio, pero nadie parecía dispuesto a callar. Sólo se hizo el silencio cuando él mismo dejó de gritar y el soldado que le acompañaba se puso en pie.

En pocas palabras, con acento de Prusia Oriental, el hombre anunció:

—En el cuartel de la policía aún hay presos políticos. El 9 y el 10 de noviembre no se abrieron todas las celdas. Sigue habiendo un buen número de presos antiguos, pero también nuevos. Nuevos presos políticos.

Enorme agitación. Gritos:

—¡Al cuartel! ¡Liberad a los presos!

En un momento, las puertas de la sala se abrieron. La multitud salió. Trepaban por los bancos, gritaban, amenazaban.

Entonces todo era posible. La multitud no se equivocaba. Igual que se fusilaba por error, también podían dete-

ner a gente incómoda en alguna parte. Se estaba indefenso ante eso, y como aún no existía un orden fundado había que establecer el orden. Cuando la masa se congregaba, se volvía al estado originario: legislador y juez al mismo tiempo.

El grito de alarma «¡presos políticos en el cuartel de la policía!» también corrió por otras asambleas. Entrada la tarde de aquel 22 de noviembre, al norte de la sombría, sorda, abatida Berlín, con ese torso cuyos órganos se contraían convulsivamente, salieron a la calle cerradas columnas de hombres que se movieron por la Brunnenstrasse, la Rosenthaler, la Münzstrasse, bajando hacia la Alexanderplatz.

El otrora teniente Maus tenía una peculiar sensación al encontrarse en medio de esa masa que marchaba sin más en fila de a cuatro, como una compañía. Por otra parte, muchos llevaban armas. La maestra, la señorita Gries, y su novio, la Gran Cosa, se habían separado de él. No le importaba. Había que liberar a los prisioneros. Nada más cabía en su cabeza.

Marchaban sin cánticos. En la Alexanderplatz, delante de los almacenes Tietz, se detuvieron. Esperaron. Maus tenía frío, y daba vueltas a su revólver en el bolsillo del abrigo. Le tutearon. Un escalofrío recorrió su espalda: se oían cánticos, cánticos que venían de la Landsberger Strasse, «Hermanos, hacia el sol, hacia la libertad». Una columna con una bandera irrumpió en la plaza.

Al otro lado se alzaba la roja fortaleza, el cuartel de la policía.

Se lanzaron hacia ella. Ahora eran varios cientos de hombres. En la entrada, frente a la angosta y sombría Kaiserstrasse, se detuvieron. La gran verja de hierro del cuartel estaba cerrada, no había ningún puesto de guardia fuera. Al parecer, les habían avisado de que se acercaban. Los mani-

festantes gritaron a través de la verja. Los soldados se dejaron ver dentro. Gritaron que si alguien quería algo debía llamar a la puerta lateral, «Entrada para pasaportes». Algunos fueron hasta allí, y cuando exigieron ver al comisionado de policía o a su lugarteniente fueron conducidos al primer piso, ante un funcionario que al cabo de un rato se acercó a ellos, calzado con zapatillas y con el gris cabello enmarañado. Llevaba una pelliza, y contempló iracundo a la delegación en el gélido pasillo. Preguntó qué querían. Cuando la gente habló de prisioneros, los miró uno por uno (llevaban fusiles) y torció el gesto: que a qué prisioneros se referían. A los que están detenidos ilegalmente aquí, a los políticos. No sabía nada de eso, no había ninguno. Dijo: «No» y: «Aquí no hay políticos». Con eso concluyó la conversación. Sólo cuando bajaron las escaleras y salieron a la calle acababan de darles una bofetada detrás de las orejas. Y los camaradas que esperaban fuera comprendieron enseguida que simplemente habían despedido a los representantes del pueblo y actuado como una alta autoridad. En realidad, con eso quedaba demostrado todo.

Y mientras aún debatían al respecto junto a la cerrada puerta principal, un camión lleno de marineros armados llegó desde Alexanderplatz. Les contaron a gritos lo que estaba pasando. Entonces los marineros bajaron del camión, gritaron desde la verja y, como no les abrieron, empezaron a disparar.

En el patio había una compañía de seguridad. Uno de los disparos fue a parar a un grupo que estaba instalando una ametralladora y mató a un hombre. Entonces los hombres que había dentro del edificio se dieron cuenta de que la cosa iba en serio, se cubrieron detrás de columnas y puertas, y avanzaron disparando hacia la verja; algunos dis-

paraban desde las escaleras laterales. Fuera, la multitud se dispersó. Pero no duró mucho. Los marineros reventaron la puerta lateral, corrieron por el iluminado pasillo de la planta baja, echaron a los soldados de la escalera, llegaron al patio, abrieron la gran verja, y todos entraron en tropel. La guardia de seguridad no tenía ninguna intención seria de combatir, y se dejó desarmar fácilmente.

Pudieron penetrar en el edificio de la prisión, a la izquierda. El comisario de guardia salió de su despacho, le gritaron, tuvo que abrir. Corrieron por los pasillos, había que abrir todas las puertas, no se perdieron en debate alguno. Todos los presos que encontraron fueron puestos en libertad. Salieron entre saludos y amenazas. A la compañía de guardia le habían quitado los fusiles y la ametralladora.

Todo duró apenas media hora. En la Alexanderplatz, que estaba completamente vacía, se separaron. Se concertaron citas para la mañana y la tarde siguientes.

A Maus le quitaron el revólver de un culatazo en la mano. Corrió furioso por las escaleras detrás del soldado; el hombre dejó caer el fusil y desapareció en el laberinto de oscuros corredores. Maus levantó el arma. Cuando la tropa volvió a retirarse, cogió un coche de caballos y se fue a casa.

Estaba de un humor espléndido. El dolor en la mano formaba ya parte de él. Silencioso, sin encender la luz, entró en su habitación y dejó su fusil en la esquina, un buen modelo prusiano antiguo, un chopo.

Me he vuelto de infantería. Mañana iremos a deliberar a la Brunnenstrasse.

Como después de una buena juerga, se quitó el abrigo, la chaqueta y las botas. Se tumbó encima de la cama.

Reencuentro

Y a la mañana siguiente estaba tan fresco, su cuerpo y sus sentidos tan vigorosos, que al saltar de la cama se dijo: «Si lo que había empezado ayer —enteramente sin reflexionar, puesto que a uno no se le ocurre una cosa así— estaba bien, también hoy lo estaría; iría a encontrarse con sus compañeros de lucha de ayer». Aquellos hombres le gustaban. Eran gente joven y sencilla, que sabían tan poco como él adónde ir, y querían abrir una brecha en alguna parte del mundo.

Mientras se vestía, se acordó de Friedrich Becker. Allí afuera, en el hospital, se ayudaban mutuamente a vestirse, Becker, el primer teniente, estaba herido de mayor gravedad que él, una esquirla de granada en la parte baja de la columna, lesiones medulares. Becker mejoró con mucha lentitud, durante meses compartieron habitación en Alsacia. Al final, tuvieron una historia de amor con su común enfermera, aquella Hilde de Estrasburgo que tanto afligía a Maus porque no le escribía. ¿Por qué no escribe? Maus volvió a preguntárselo al levantarse. Hoy, que le iba bien, la quería el doble y el triple, le estaba inmensamente agradecido; siempre que le pasaba algo bueno, pensaba en Hilde y le daba las gracias. Si al menos ella le perdonara aquella última hora irreflexiva.

Estaba delante del espejo y pensaba; ahora Becker podría estar ya aquí; tal vez hubiera salido del hospital auxiliar de Naumburg, donde lo dejaron durante el transporte de vuelta desde Alsacia.

Cuidadosamente, Maus guardó su conquistado fusil, cerró la puerta y, sin decírselo a sus padres, se fue a ver a Becker. Tenía el corazón henchido.

Ya al doblar hacia la calle en la que Becker vivía, animado y seguro de sí mismo, presintió Maus que Becker estaba allí. Estaba completamente seguro de ello cuando entró en la desgastada casa. Y cuando una mujer entrada en años, una hermosa mujer, abrió la puerta (es su madre, y aún parece más fuerte de lo que había imaginado), saludó militarmente y dijo su nombre. Una luz recorrió el rostro rollizo de ella. Le pidió que se acercara más. Abrió una puerta, y una luz deslumbrante inundó la estancia.

Y allí estaba él, en el cuarto de Becker, que estaba en pijama, sentado delante del escritorio, con las muletas junto a él, y se había medio dado la vuelta al oír las palabras en el vestíbulo. Maus voló hacia él, no le dejó levantarse. Se abrazaron largo tiempo en silencio. La madre estaba, feliz, detrás de ellos.

—Éste es Maus, madre, mi amigo y compañero de fatigas en el hospital de guerra. Maus, aún no me he tomado mi café. Me levanto tarde siguiendo órdenes. Lo tomarás conmigo. ¿Vienes del tren?

—¿Por qué?

—Por lo temprano que vienes.

—¡Pero si llegué a Berlín antes que tú! ¿Cuánto tiempo llevas aquí? Tienes buen aspecto.

Cuando la madre los dejó solos, Maus se dispuso a explicarle su situación:

—Voy a contarte por qué vengo tan pronto. No sabía que estabas aquí, de lo contrario habría venido a buscarte antes. He estado muy mal. Ya sabes lo de Hilde.

—No.

—No me ha escrito hasta la fecha, se ha olvidado de mí.

—Pobre muchacho.

—Me ha vuelto loco. Estaba perdido, yendo y viniendo,

hasta que decidí acudir a un local en la Kurfürstendamm donde se licencian los que han tomado parte en la guerra; allí me encontré a la Cosa, un compañero de colegio, y a su prometida, una maestra. Me hicieron reproches, me fui con ellos, y esta noche hemos asaltado el cuartel general de la policía.

—Te has vuelto loco.

—Tienes que leer los periódicos. Hemos atacado a la compañía de seguridad y les hemos obligado a poner en libertad a todos los que tenían detenidos.

Y rio como un niño.

—Becker, fue una fiesta. La mayoría estaban en sus celdas y dormían, naturalmente, la una de la madrugada, ni siquiera los tiros y el jaleo los habían despertado. Y nosotros abrimos las puertas de golpe y gritamos: «En pie, muchachos, todos fuera». Tenían un miedo infernal y no querían salir en modo alguno, decían: «¿Y dónde vamos a pasar la noche?».

Becker se frotó una mejilla:

—¿Y adónde va a parar todo eso?

Maus cambió de tono, su rostro se cerró y adoptó una expresión dura. Lanzó a Becker una mirada torcida:

—¿Que adónde va a parar? Me da igual. Tiene que ocurrir algo. No podemos seguir así.

Becker sacó en silencio una cajetilla de tabaco; encendieron sus cigarrillos.

—Entonces —preguntó Maus—. ¿Qué te parece?

Becker fumaba, se dejaba calentar por el sol, la intensa luz modelaba su enjuto rostro. No le va mejor que en el hospital, pensó Maus. Le tengo un cariño indecible, sólo me falta que ahora me regañe. Becker inclinó la cabeza hacia el hombro izquierdo. Ahora hablará.

—Adelante, Maus. Por algún sitio hay que empezar.

Maus estaba perplejo:

—Has cambiado. Durante la guerra, incluso querías prohibirme los periódicos.

—No hay que aceptar los hechos, no hay que reconocerlos. Todo ha terminado. Primero otros nos destrozaron, ahora nos toca a nosotros.

—Eso pienso yo también.

—Hay que aprovechar esta revolución. No hay que detenerse ante las palabras.

Maus:

—Mi padre pertenece al recién formado Consejo de Ciudadanos.

—Revolver entre las ruinas. Por desgracia no puedo ayudar mucho. Se me puede derribar de un sople.

Maus le miró:

—¿Cómo estás, Becker? ¿Prácticas? ¿Progresas?

Becker volvió hacia él su alargado y pálido rostro:

—¿En qué clase de conversación quieres involucrarme?

—Te pido perdón, Becker.

—No importa. Pronto tocaré *Tristán* para ti. Te lo prometí en el hospital.

Dejó caer los brazos sobre las rodillas.

—¿Has hablado con mi madre?

—Sólo mientras tomábamos el café contigo.

—Lo peor es al dormirse y al despertar. Por fin estás tumbado de verdad, supones que vendrá el sueño, que dejarás de estar ahí. Noche. Y entonces... oyes la campana de la iglesia, piensas que son las seis, pero no son más que la una o las dos. Y en ese mismo momento, te duele la espalda, el dolor se dispara hacia ambas piernas, y vuelves a ver al viejo monstruo que te ha atormentado durante todo el

día. El dolor vuelve a estar ahí, vive contigo en la misma casa, se anuncia, tu vecino, tu compañero de cama, se hace sitio... Qué asco me da.

Maus no se atrevió a mirarle. Estaba claro: Becker no había mejorado desde el hospital.

Ahora reinaba el silencio. Becker susurró:

–No le digas nada de todo esto a mi madre.